

LAS CREENCIAS RELIGIOSAS
DE LOS
ANTIGUOS PERUANOS

POR

RICARDO E. LATCHAM

Director del Museo Nacional

Continuación)



CAPITULO IX.

El mito del diluvio

Su universalidad entre los pueblos andinos y en general los sudamericanos.—Los Arawak.—Los Tupis.—Los Chibchas.—Los Quitus.—Los Jíbaros.—Los Cafiaris.—Los Ancasmareas.—Los Collas.—Los Incas, al parecer no tenían un mito propio del diluvio.—Los Araucanos tenían dos versiones distintas.—Ten-Ten y Kay-Kay.—Los fundamentos del mito.

UN hecho interesante relacionado con las creencias religiosas de la mayoría de los pueblos americanos desde Panamá hasta el sur de Chile, y que da una idea de sus concepciones cósmicas, es la repetición constante en sus mitos de la creación, de haberse destruído la primera generación de hombres por un gran diluvio, del cual escaparon muy pocos.

Nos hemos referido a algunos de ellos al hablar

de los mitos de Viracocha y Pachacamac; pero se han conservado varios otros y es indudable que muchos se han perdido para siempre.

Pedrarias D'Avila nos cuenta que los indios de Santa Cruz, cerca del Golfo de Uraba «tuvieron noticia del diluvio de Noé y que un hombre y una mujer con sus hijos escaparon en una canoa y que de ellos se repobló la tierra. En el cielo había un gran señor que llamaban Chiriripa quien hizo la lluvia y las demás cosas que provienen del cielo». (1)

Los Achaguas del Orinoco superior tenían una leyenda de un diluvio en que perecieron todos los seres humanos y animales a excepción de unos pocos individuos que subieron a una alta montaña. Las aguas, a medida que subían, formaron un gran lago llamado Catena Manoa.

Los indios Gés del Brazil hacen responsables del diluvio a un espíritu malévolo que llaman Anatiwa. La gente, para escapar de las aguas, subió al cerro Tupimare; pero eran tirados al agua sucesivamente por grandes peces mandados con este propósito por Anatiwa. Los pocos que escaparon debían su salvación a la gallina de agua, que llevaba tierra en el pico, y elevaba de esta manera el cerro a medida que crecían las aguas. Esta protectora de la humanidad se llamaba Saracurá.

(1) Relación de los sucesos de Pedrarias D'Avila en las provincias de Tierra Firme etc. escrita por el adelantado Pascual de Andagoya. (Publicada en el «Descubrimiento del Océano Pacífico», por don José Toribio Medina. Tomo II. p. 195. Santiago de Chile, 1913).

Los caribes tienen otro mito muy parecido, pero entre ellos la gallina de agua era reemplazada por el ibis. Este ave, con su pico, revolvió la tierra e hizo aparecer un cordón de altos cerros en los cuales se salvaron los pocos hombres que no habían sucumbido ya a las aguas, causadas por las excesivas lluvias.

Entre los Arawak el mito es más elaborado. Según ellos, el gran espíritu Makonaima creó un árbol maravilloso que tenía en cada rama una clase diferente de fruta. En ese tiempo sólo había creado los animales,—los hombres todavía no habían aparecido—y puso su hijo Sigu que los gobernase. Cuando los animales descubrieron el árbol, quisieron comer inmediatamente todas las diferentes frutas, pero se interpuso Sigu, quien deseaba conservarlas para utilizar las semillas en multiplicar las especies. Porfiaron los animales y cortaron el árbol. Hallaron que el tronco estaba lleno de agua en que estaban pequeñuelos todos los peces de agua dulce. Para impedir que el agua se rebalsase, Sigu tapó el tronco con un canasto tejido impermeable. No obstante, el mono, novedoso de curiosidad, echó a perder las buenas intenciones de Sigu. Sacó el canasto para ver lo que había debajo, el agua salió y produjo un diluvio desastroso. Sigu salvó los animales encerrándolos en un cueva en la cima de una alta montaña.

Entre las tribus Arawak de las Guayanas se repite otro mito, probablemente tomado de los Tupi-Guaranis. Aimon Kindi, un espíritu poderoso quiso destruir la tierra por fuego y sólo unos pocos hombres escaparon, refugiándose en unas ca-

vernas subterráneas. Para destruir estos, mandó un diluvio, pero Marerewana, el antepasado de los Arawaks se salvó con algunos compañeros en una canoa.

El mito Tupi también habla de la doble destrucción de la tierra por fuego y agua. Monan, el creador determinó destruir la tierra por fuego, pero su proyecto se frustró por un potente mago, Irin Magé, quien apagó el fuego provocando grandes lluvias que hicieron desbordarse los ríos y lagos produciendo un diluvio tan desastroso como el fuego. Cuando el mundo comenzó a recobrase de este doble desastre, sobrevino un tercero, causado por una riña entre los hermanos sobrehumanos Tawendaré y Arikuté. El primero pateó la tierra tan fuertemente que se hundió el pié profundamente en el suelo. Al sacarlo brotó el agua en tales cantidades que causó un diluvio y sólo algunos hombres se salvaron refugiándose en los altos árboles.

Entre las tribus del Orinoco y el Amazonas, hay mucha diversidad sobre la causa y la forma del diluvio, pero la creencia es casi universal. Los macusis dicen que los sobrevivientes hicieron una nueva generación convirtiendo las piedras en seres humanos. Los Tomanacos creen que sólo un hombre y una mujer se libraron y para renovar el género humano, plantaron los cuescos de cierta palma de donde salieron nuevas gentes.

El Padre Rivero dice de la nación Achagua: «Creen haber un Supremo Señor que lo crió todo, a quien llaman Guaygerri, que en su lengua quiere decir «el que todo lo sabe»... Tienen tradición también derivada de padres a hijos acerca del Di-

ludio Universal, que llaman Catana en su lenguaje; dicen que les contaron sus antepasados cómo se anegó el mundo antiguamente con aguacero muy grande que cubrió la tierra, e hizo perecer a todos; pero que uno de nuestros antiguos abuelos, viendo que se anegaba la tierra, se subió, para escapar con la vida él y su familia, a un monte muy alto a donde no pudieron alcanzar las aguas, y con esto se salvaron». (1)

El mismo autor hablando de los Giraras, dice: «No adoran ídolos pero confiesan que hay dos dioses hermanos, uno mayor que el otro en la edad; del dios mayor dicen, que lo crió todo de nada, y que destruyó con el Diluvio todos los hombres en castigo de sus pecados; pero que después el dios menor bajó de los cielos a la tierra a propagar el linaje humano que pereció en el diluvio, y que vivió en el mundo siendo Emperador de todos». (2)

Los Chibchas relatan el siguiente mito: «Chibcacum, dios o tótem de su nación, irritado por los excesos de los habitantes, resolvió castigarlos, inundando sus tierras y vació al gran llano de Bogotá las aguas de los ríos Sopo y Tibitó afluentes del Funza, los que antes llevaban otros cursos. Estas aguas formaban un gran lago. Los Chibchas se refugiaron en las altas montañas, y al estar al punto de perecer, se acordaron de Bochicha, a quien

(1) Historia de las Misiones de los llanos de Cassanare y los ríos Orinoco y Meta, por el P. Juan Rivero, pp. 112-3. Bogotá 1883.

(2) Historia de las Misiones de los llanos de Cassanare y los ríos de Orinoco y Meta, por el P. Juan Rivero p. 116.

elevaron sus súplicas. Este al atardecer, apareció delante de ellos, montado en el arco-iris, y les dijo que si se conformaban en seguir sus preceptos, haría bajar las aguas, pero sin volver los ríos a sus cursos de antes, y que seguirían cruzando el llano, pues les serían útiles para regar sus tierras. Los chibchas prometieron cumplir con sus mandatos y él arrojando su varilla de oro contra las peñas de Tequendama, abrió una brecha en ellas por donde se vaciaron las aguas. Para castigar a Chibchacum, le obligó a tomar la tierra sobre sus hombros para soportarla. Los chibchas creían que los temblores se causaban cuando Chibchacum cambiaba el peso de la tierra de un hombro a otro». (1)

Los carios y los tamahies de Colombia tenían mitos del diluvio, pero no conocemos sus pormenores.

Entre los jíbaros de Ecuador hallamos un mito del diluvio, diferente en sus detalles de los que son generalmente corrientes entre los pueblos andinos, quienes casi siempre atribuyen la catástrofe al enojo de su dios criador, o a algún otro ser en lucha con él. Según este mito, salieron a cazar dos niños, pero todo lo que cazaban desaparecía misteriosamente. Por fin, descubrieron que una gran serpiente o *pangi* (2) salía de un árbol hueco para devorar su caza. Hicieron un gran fuego en contorno del árbol y quemaron al *pangi*. Uno de los niños comió de la carne e inmediatamente se convirtió

(1) Memoria sobre las antigüedades Neo-Cranadinas, por Ezequiel Uricocchea. p. 17. Berlín, 1854.

(2) Boa Syctale.—La boa del agua.

en serpiente de la misma especie. Se refugió en un pantano, y al hacerlo comenzaron a subir las aguas. Llamó a su hermano y le dijo: «Yo me he convertido en *pangi*, no puedo respetarte, tendré que tragarte. Corra ligero a donde está nuestra gente y dígame que se salve, corriendo con toda ligereza a la cima de las más altas montañas, porque las aguas seguirán subiendo hasta cubrir toda la tierra». El otro niño hizo lo que le ordenó su hermano; pero los jíbaros no le creyeron y sólo él se salvó. Fué al cerro más alto que pudo hallar y cuando las aguas llegaron a la cima, subió en una alta palmera y permaneció allí hasta que bajaron las aguas nuevamente. Para saber si la tierra estaba seca o descubierta, dejaba caer cocos, y cuando sentía que sonaban al chocar contra el suelo, bajó del árbol. Fué a buscar a sus compañeros, pero todos se habían ahogado. Halló a su hermano convertido en *pangi* en un pequeño pozo de agua. No queriendo dejarlo donde estaba, porque el agua no alcanzaba a cubrirlo lo llevó a otro más grande; pero a medida que iba creciendo, tuvo que llevarlo, primero a una lagunita, después a otra mayor y por fin llevarlo al lago más grande que había en aquella tierra. Como había crecido tanto, no pudo cargarle como antes hacía y tuvo que arrastrarlo por medio de un cordel. Al llegar al lago, el *pangi* desapareció y no se vió más; pero desde aquel día se han multiplicado los *pangis* y las lagunas». (1)

(1) Mitos de los indios jíbaros (Shauará) del Oriente del Ecuador, por el Dr. Rafael Karsten. Bol. de la Soc. Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos. N.º 6. Mayo-Junio de 1919. pp. 328 y sig. Quito.

El mito de los Quitus, muy parecido al bíblico, lo hemos reproducido más atrás; y versiones muy parecidas, en que el hombre que se salvó enviaba dos aves para ver si estaban bajando las aguas, una de las cuales volvió con hojas de árboles, mientras que el cuervo no volvió, posando sobre los cuerpos de los animales ahogados y manteniéndose de sus carnes, se hallan en diferentes partes de la región andina.

Molina nos da otro, corriente entre los Cañaris, vecino de los Quitus: «En la provincia de Quito está una provincia llamada Cañari-bamba y así llaman los indios Cañaris, por el apellido de la provincia, los cuales dicen que al tiempo del diluvio, en un cerro muy alto llamado Huacayñan que está en aquella provincia escaparon dos hermanos en él y dicen en la fábula que como yban las aguas creciendo *yba el cerro creciendo de manera que no les pudieron alcanzar las aguas*, y que allí después de acabadoses la comida que allí se coxieron salieron por los cerros y balles a buscar de comer y que hizieron una muy pequeña cassa en que se metieron a do se sustentavan de rayces y yerbas pasando grandes trabajos y hambres y que un día aviendo ydo a buscar de comer quando a su casilla volvieron hallaron hecho de comer y para vever chicha sin aver de donde ni quien lo huviese hecho ni alli traydo y que esto les acaeció como diez días al cavo de los cuales trataron entre si querer ver y saver quien les hazia tanto bien en tiempo de tanta necesidad y assi el mayor dellos acordó quedarse escondido y vió dos aves que llaman *agua* que por otro nombre llaman *torito*

en nuestra lengua las llaman *guacamayos*. Vestían vestidos como cañares y cabellos en las cabeças atada la frente como aora andan y que llegadas a la choça la mayor dellas vido el yndio escondido que se quitó la *lliella* que es el manto de que usan y que empeçó a hazer de comer de lo que trayan y como vido que eran hermosas y que tenían rostros de mugeres salió del escondrijo y arremetió a ellas las quales como el yndio vieron con gran enojo se salieron y se fueron bolando sin hazer ni dexar este día que comiesen y venido que fué el hermano menor del campo que avia ydo a buscar de comer, como no hallase cossa adereçada como los demás días, pregunta la causa dello a su hermano el qual se lo dijo y sobre ello uvieron gran enojo y assi el hermano menor se determinó a quedarse escondido hasta ver si volvian, y al cavo de tres días volvieron dos guacamayas y empeçaron a hazer de comer y que como viesse tiempo oportuno para coxerlas entró al tiempo que vido que ya que ya avian hecho de comer arremetió a la puerta y cerrola y cogiolas dentro, las quales mostraron gran henojo y assi asio de la menor porque la mayor mientras que tenía a la menor se fué y con esta menor dizen tuvo acceso y copula carnal en la qual en discurso del tiempo tuvo seis hijos e hijas con las quales vivió en aquel cerro mucho tiempo sustentándose de las semillas que sembraron que dizen trujo la huacamaya y que destos hermanos y hermanas hijos desta huacamaya que se repartieron por la provincia de Cañari-bamba dizen proceden todos los cañaris y assi tienen por huaca el cerro llamado Huacayñan y en gran veneración a

las *huacamayas* y tienen en mucho las plumas dellas para sus fiestas». (1)

Sarmiento relata la misma leyenda con alguna diferencia en los pormenores. Dice que el diluvio se llamaba *uñu pachacuti*—agua que sobrelleva la tierra. La montaña en el cual se refugiaron los hermanos, la llama Guasano y dice que era cerca del pueblo de Tumepampa, donde Huayna Capac construyó un gran palacio y un magnífico templo al Sol. Los dos hermanos se llamaban *Ataorupagui y Curicayo*. Las huacamayas o loros de brillante plumaje, las cambia este cronista por mujeres cañaris; pero no dice como escaparon del diluvio. Nos cuenta que el hermano mayor se ahogó en una laguna y que el menor se casó con las dos mujeres teniendo en ellas diez hijos que formaron dos linajes de cinco cada uno. Al aumentar en número un linaje se llamó Hanansaya y el otro Hurinsaya. De ellos descendieron todos los cañaris. (2)

Molina también nos presenta el mito de los Ancasmarcas, nación que residía no lejos del Cuzco: «Dizen que quando quisso venir el diluvio un mes antes los carneros que tenían mostraron gran tristeza, que de día no comían y de noche estaban mirando a las estrellas hasta tanto que el pastor que a cargo las tenía les preguntó que que avian a lo qual le respondieron que mirase aquella junta de

(1) Fábulas y Ritos. pp. 123-4.

(2) Hist. Ind. Cap. VI. dice que a medida que crecían las aguas el monte iba nadando y sobreaguando y nunca fué cubierta por las aguas del diluvio.

estrellas las quales estaban en aquel ayuntamiento en acuerdo de que el mundo avia de acavar con aguas y assi oydo esto el pastor lo trató con sus hijos y hijas los quales eran seis y acordó con ellos que recoxiesen comida y ganado lo más que pudiesen y suviéronse en un cerro muy alto, llamado Ancasmarcha y dicen como las aguas yban creciendo y cubriendo la tierra *yba creciendo el cerro de tal manera que jamás le sobrepujaron las aguas* y que después como se yban recogiendo las aguas yba bajando el cerro y assi destes sus hijos de aquel pastor que allí escaparon, se volvió a poblar la provincia». (1)

En otra parte relatamos el mito corriente entre los collas, de un hombre y una mujer que escaparon del diluvio en una caja de tambor que tocó tierra en Tiahuanaco. (2)

D'Avila nos cuenta el siguiente mito de los huachirris: «Quentan pues que se quiso acabar el mundo, lo qual pasó desta manera, que como vn indio hubiese atado una llama suya en una buena parte donde avia buena yerua para que comiesse, y que el carnero no lo quería hacer, antes se mostrava triste, gimiendo a su modo, que es diziendo *yii yii*, lo qual por el dueño visto, que aca estaua comiendo vn *choclo* le tiró con el corazón (que los indios llaman *coronta*) diziendo: «¿Perro, por qué no comes y estás gimiendo? ¿No te he puesto donde hay buena yerua? A lo cual la llama o carnero

(1) Fábulas y Ritos. p. 124-5.

(2) Debe recordarse que los tambores de los pueblos primitivos eran troncos ahuecados de árboles.

hablando le respondió: «loco, qué sabes tú, o qué piensas? entiende que no sin mucha causa estoy triste, la cual es a saber que dentro de cinco días ha de reventar y crecer la mar y ha de cubrir toda la Tierra y assolar quanto ay en ella; y el yndio admirado assi de uer que la llama hablaba como de lo que rifirio, dixo: «Pues ¿qué remedio podemos tener o dónde nos saluaremos? y el carnero respondió que con breuedad se dispussiese a caminar con él a la cumbre de vn alto cerro que se dize Villcacoto, que está entre esta dotrina y San Jerónimo de Surco y que llevase de comer para cinco días porque allí se avian de saluar. Y en execución de esto lo hizo assi el yndio, tomando su carga acuestas y lleuando su llama del cabresto; y assi llegó a la cumbre del dicho cerro; donde halló ya juntos muchos y diuersos animales y aues; y en llegando este yndio con su llama, al momento rebentó el mar, vino subiendo la agua y fué hinchando los valles y cubriendo los más altos montes de manera que estandolo todos, solamente la cumbre de este Villacoto no lo estuuo, sino como se ha dicho, cubierta de los que a él concurrieron, que estauan apretados y muy apenuzagados, porque el agua crecía por momentos y de manera que algunos de los animales estauan casi metidos en el agua, entre los cuales estaua la zorra muy pegada a ella batiéndole las olas la cola lo qual dizen es causa de que el fin della es negro. Y al cabo de los cinco días fueron baxandose las aguas y la mar se coluro a su lugar y aún más abajo, y assi quedó toda la Tierra sin gente con sólo el yndio referido,

de donde dizen que procedió luego la gente que hasta agora hay, la qual es un notable disparate, pues no dizen que quedó mujer déb». (1)

El autor sigue tratando de lo imposible que sería que un hombre sólo sin mujer pudo haber propagado otra generación de gente. Indudablemente no tomó en cuenta la mentalidad de los indios que no se preocupaban de detalles imposibles en sus leyendas. Es este estado mental que Levy Bruhl, en su *Mentalité des Primitifs* llama prelógico, que no es alógico sino que llega a sus conclusiones a pesar de la lógica.

Gomara escribiendo de los indios del Perú, pero sin precisar la nación o tribu, dice: «Dicen asimismo que llovió tanto tiempo que anegó todas las tierras bajas y todos los hombres, sino los que cupieron en ciertas cuevas de unas sierras muy altas, cuyas chiquitas puertas taparon de manera que agua no les entrase; metieron dentro muchos bastimientos y animales. Cuando llover no sintieron echaron fuera dos perros; y como tornaron limpios aunque mojados, conocieron no haber menugado las aguas. Echaron después más perros, y tornando enlodados y enjutos, entendieron que había cesado y salieron a poblar la tierra; y el mayor trabajo que para ello tuvieron y estorbo fueron las muchas y grandes culebras que de la hume-

(1) Idolatrías de los Indios de Huarochiri, por el doctor Francisco D'Avila Col. Urteaga y Romero. Tomo XI. Primera Serie. Lima 1918. Este mito es muy parecido al que cuenta Molina de los Ancasmarecas y parece haber tenido el mismo origen, aunque algunos de sus detalles son distintos.

dad y cieno del diluvio se criaron, y ahora las hay tales; más al fin las mataron y pudieron vivir seguros». (1).

Cieza de León, en la primera parte de su Crónica, menciona el diluvio y dice que trata más detalladamente de este punto en el capítulo tres de la segunda parte, pero como se perdieron los tres primeros capítulos del manuscrito, no sabemos si daba algunas nuevas versiones.

Los incas mismos no tenían ningún mito propio del diluvio. La versión oficial de su historia, los hace originar en Paccaric Tampu, y ésto, según la leyenda colla, sucedió después del diluvio. No obstante, este mito era corriente entre ellos como un acto de enojo por parte de Viracocha, quien destruyó completamente toda la humanidad, haciendo después una nueva generación. No se sabe si este mito lo llevaron consigo desde su patria, en la vecindad del lago Titicaca, o si lo aprendieron posteriormente cuando restauraron el culto de Viracocha junto con los demás del cuerpo de leyendas referentes a este dios que eran en el fondo netamente collas.

Entre los araucanos del sur de Chile hallamos varias versiones distintas del diluvio. Un hecho curioso e interesante de los mitos araucanos es el que lo atribuye a una gran serpiente, al igual que en el norte del Ecuador, Colombia, Venezuela y la región Amazónica. Otra coincidencia de mucho interés se halla en la manera como se salvan los sobrevivientes sobre un cerro que crece a medida

(1) Historia de las Indias. Ob. cit. p. 233

que suben las aguas, detalle fundamental también en algunos de los mitos colombianos y peruanos y que se hallan entre algunas tribus de Brasil.

Después de cotejar y comparar las diferentes versiones araucanas, podemos decir que concuerdan en los siguientes puntos esenciales: 1.º En algún tiempo lejano, hubo un gran diluvio, cuya causa varía según la región. En las costas lo atribuyen a una salida de mar y en el interior a una repentina deliecuación de enormes masas de nieve y hielo en la cordillera o al rompimiento de un dique que sostenía un gran lago andino. En ninguna parte se debe a las lluvias prolongadas que son motivos en otros mitos. 2.º En uno y otro caso el diluvio se debía a la enemistad de dos grandes culebras, siempre en lucha y parece haber representado dos fuerzas naturales antagónicas. Se llamaban respectivamente *Ten Ten* y *Cay Cay*. La forma exacta y los atributos exactas de estas dos seres también varía de una localidad a otra. 3.º *Cay Cay* o sea la fuerza de las aguas resuelve acabar sorpresivamente con su enemigo *Ten Ten* y subsidiariamente con los hombres, protegidos y socorridos por esta última. Para lograr su proyecto, almacena sigilosamente enormes cantidades de agua, con el objeto de lanzarlas sorpresivamente sobre la morada de su contendora, esperando así terminar con ella y con sus protegidos. Casi logra su intento y para librarse *Ten Ten* se ve obligado a hacer subir la cima del cerro en que habitaba a medida que crecían las aguas. 4.º Algunas pocas personas advertidas por *Ten Ten* logran refugiar-

se en el cerro y se salvan junto con ésta. Otras, gracias a los poderes de la culebra amiga se convierten en peces, anfibios y animales marinos, piedras, rocas, etc., y después de cesar el diluvio engendran hijos en las descendientes de los que se salvan, dando origen a los actuales linajes.

Las diferentes versiones varían en cuanto a detalles pero todas incluyen estos fundamentos.

Según la versión del Padre Diego Rosales, que es la más completa, *Cay Cay* meditó producir el diluvio haciendo salir el mar de repente, para así inundar toda la tierra, para concluir de una vez con su enemiga y todos los seres vivientes.

Un genio protector de los araucanos, cuyo nombre no aparece, les comunicó el proyecto de *Cay Cay*; pero no hicieron caso de la advertencia aunque ésta fué confirmada por el mismo *Ten Ten*, quien les aconsejó que se refugiaron en los cerros más altos donde ella les podría socorrer. Los araucanos se hicieron sordos a estos consejos, confiados en que al ser ciertas las noticias, *Ten Ten* les convertiría en peces, anfibios, etc., para que pudiesen vivir en las aguas hasta que volvieran a su estado normal.

El diluvio se produjo; *Cay Cay* hizo salir el mar de repente e inundó todos los llanos y valles, en su afán de no dejar escapar a los pocos hombres que, siguiendo los consejos de *Ten Ten*, habían subido los cerros más altos, y queriendo envolver a su enemiga, hizo crecer más y más las aguas, hasta que las cumbres altas también se cubrieron y *Ten Ten* y los que la acompañaron, se vieron en

peligro de ser ahogados. Los araucanos advirtieron tarde el peligro y muy pocos lograron llegar a la cumbre; pero la buena *Ten Ten*, a medida que el agua los iba alcanzando los convirtió en peces, anfibios y animales marinos como ellos habían deseado. Algunos quedaron convertidos en peñas y rocas. Los animales, más atentos a las advertencias de *Ten Ten*, se salvaron en las más altas montañas, poniéndose directamente bajo la protección de ella.

Ten Ten, viendo subir las aguas de tal modo que amenazaban inundar las cumbres más altas, no tuvo más remedio que hacerlas crecer en altura a medida que las aguas se elevaban.

La lucha entre las dos culebras duró hasta que las cimas de los cerros se iban aproximando al sol y los hombres que se habían refugiado en ellos comenzaron a sufrir grandemente del calor de este astro. Para protegerse cubrieron las cabezas con las fuentes de madera en que habían llevado sus víveres. A pesar de esta precaución, muchos murieron del calor, otros se llenaron de quemaduras y los demás quedaron calvos. Afortunadamente, antes de perecer todos, se le agotaron las aguas de *Cay Cay* y ésta se retiró, bramando de despecho y rabia y comenzaron a bajarse las aguas.

No están de acuerdo las versiones respecto del número de personas salvadas. Según unas se salvaron los fundadores de los linajes que después se conocieron; según otras, eran solamente cuatro, dos hombres y dos mujeres y otra aún dice que se salvó una sola pareja. A éstos, fueran muchos o

pocos, les llamaron *Llituche*, que quiere decir gente de los tiempos primitivos, o como dice el abate Molina, el principio de la generación de hombres.

Los indios que se habían convertido en animales, peces, rocas etc., no pudieron recuperar su forma humana; pero a veces salían a las playas en busca de las indias que iban a ellas a pescar o a mariscar, y según las relaciones de Rosales, «las acariciaban, especialmente las doncellas, engendrando hixos en ellas». Así se fundaron aquellos linajes que llevaban apellidos de peces, anfibios, animales marinos, etc., los cuales eran muy comunes en el litoral.

Varios otros cronistas relatan este mito en terminos más o menos parecidos y algunos agregan otros detalles que nos ayudan a ver la tradición con mayor claridad. El P. Olivares dice: «Es particular superstición y muy circunstanciada la que tienen en tiempo de temblores grandes, luego que ha pasado la mayor violencia del movimiento, se aperciben hombres y mujeres de cosas de comer y de platos grandes en las cabezas y cargando con sus hijuelos y su pobre ajuar se encaminan al monte más cercano de los que llaman *ten-ten* que son los que tienen tres puntas y van en declinación hasta lo más bajo de la llanura y sólo puestos en la cima se dan por seguros. Dan la razón de este hecho, diciendo que en semejantes terremotos *como el mar sale algunas cuadradas fuera, así es de temer que se inunde toda la tierra*, según tienen por tradición que sucedió en tiempos de mucha antigüedad. Que este *ten-ten* tiene la buena cualidad *de sobrenadar las aguas* y que puestos sobre él con sus alimentos se

mantendrán el tiempo que durase la inundación. Más preguntando de los platos dicen con grande aseveración que pueden subir tanto las aguas y el *ten-ten* sobre ellas, que lleguen hasta el mismo globo del sol, en cuyo caso aquel plato que llevan en la cabeza les defenderá para no abrasarse. Lo más admirable de su simplicidad es que aquellos platos no son de barro ni de metal, sino de madera y con todo eso los juzgan esentos de los incendios de aquel astro fogoso». (1)

El abate Molina da casi la misma versión como Olivares; pero en vez de escribir *Ten Ten*, pone *ThegTheg*, ortografía que también emplean Córdoba y Figueroa y Febrés. Molina dice: «Se conserva entre ellos la memoria de un gran diluvio, en el cual dicen que no se salvaron sino cinco personas, sobre un alto monte dividido en tres puntas, llamado *Thegtheg*, esto es tonante o centellante, que tenía la virtud de *fluctuar sobre las aguas*. De aquí se infiere que este diluvio no vino sino después de alguna erupción volcánica, acompañada de grandes terremotos y verosimilmente es muy diverso del Noético (2).

El P. Augusto, en su diccionario araucano, reproduce la idea de los indios actuales respecto de este mito. En la voz *Tregtreg* dice: «Cerro mitológico en el mar, el cual cuando éste sale de madre *se eleva hasta tocar el cielo*, reposando en su

(1) Historia Militar y Civil de Chile. p. 53.

(2) Compendio de Hist. Civil. Lib. II. Cap. V.

cumbre la serpiente llamada *kai-kai*. El él se salvaron del diluvio, según el mito, los antepasados de los indígenas, junto con muchos animales de terrible aspecto, quedando convertidos en piedras los hombres quienes los temían. Hay también algunos cerros que llevan este nombre por tener cuatro pies o salientes como el *tregtreg* del mar. Al pié de ellos no sembraban los indios».

Bajo la voz *Kai-Kai* o *Kai-kaifilu* dice, la culebra *kai-kai*, animal mitológico, medio serpiente, medio caballo, que suponen estar en el fondo del mar y cuya voz se parece al relincho del caballo».

Otra versión, conservada por Mme Sauniere, relatada por un indio, dice: «La *Cay Cay* es una serpiente muy grande, dueña del mar, los lagos y los ríos. Habita en una cueva subterránea y cuando sale hace que las aguas suban y se desbordan inundándolo todo.

Ella tiene como enemiga otra serpiente poderosa que se llama *Treg Treg* que vive en el interior de un cerro. Este tiene el *poder de elevarse a medida que las aguas suben* y siempre parece dominarlas.

A menudo pelean las dos serpientes. *Cay Cay*, furiosa al ver que no puede sumergir la morada de su enemiga, trata de inundarla por el interior, cavando un hoyo por donde poder hacer penetrar el agua, pero *Treg Treg* con su cola, que es muy fuerte, hace caer gruesas piedras y tierra para tapar la excavación hecha por *Cay Cay*. Esto produce derrumbes que a veces caen sobre la serpiente y la aplastan. Para librarse y poder salir, *Cay*

Cay se sacude violentamente. Estas sacudidas producen los temblores». (1)

Robles Rodríguez dice que en las relaciones que él pudo recoger de boca de los indios, un enorme lagarto salió del centro de la tierra y gritó *Cai-cai*. . . La tierra se agrietó en muchas partes. Gruesos borbollones brotaron de estas grietas y llenaron los campos». (2)

El P. Martín Gusinde dice que los indígenas de algunas provincias del Sur creen que *Kai Kai* habita en las más profundas entrañas de la tierra, y es ahí donde tiene encerradas las enormes masas de agua congelada, es decir en estado sólido. Sólo de vez en cuando da libertad a este elemento y entonces dejándolo salir de su recinto, produce las grandes inundaciones (*magniñ*) en diferentes partes de la superficie de la tierra.

La otra fuerza es *Treg Treg* y simboliza la tierra seca o sólida. Esta manifiesta su poder por la facilidad con que absorbe las enormes masas de agua, toda vez que *Kai Kai* se prepara para derramarlas en grandes cantidades.

También en varias ocasiones suelen librarse grandes combates entre aquellos elementos mons-

(1) Folklore Sísmico; por Fernando Montessus de Ballore (ideas de los araucanos sobre los terremotos, por la Sra. Saunier). Rev. de Folklore Chileno. Tomo IV. Entregas 6 a 8. pp. 226-227.

(2) Costumbres y Creencias Araucanas: Guillatunes, por Eulogio Robles Rodríguez. Rev. de Folklore Chileno. Tomo I. Entrega 6. 1909. Este autor era Protector de indígenas y tuvo facilidades para conocer a los indios.

truosos. Así por ejemplo, el *Treg Treg* trata de impedir las lluvias, a fin de exterminar a *Kai Kai* y este en cambio resiste a su enemigo por medio de grandes tempestades, relámpagos y truenos, hasta de temblores que asustan a los hombres infundiéndoles temor y miedo.

Si *Kai Kai* intenta sorprender y atacar al *Treg Treg* entonces lanza un tremendo grito y sólo por la poderosa vibración producida por su portentosa voz, se abren las cataratas de los abismos, los volcanes se ponen en erupción, las montañas se estremecen y el diluvio estalla.

En ste caso, delante de una catástrofe tan fatal, el *Treg Treg* no encuentra otra solución que *hacer crecer los cerros y montes donde él habita*; así pueden salvarse los hombres de quienes es un buen y fiel amigo, favoreciéndoles y ayudándoles». (1)

Comparando todos estos datos y otros muchos publicados, con los que pudimos recoger personalmente de los indios de diferentes zonas, resulta un hecho interesante, que ayuda talvez a explicar el origen del mito en otras partes de América.

La leyenda se ha formado al rededor de acontecimientos verdaderos que obedecen a causas diversas, y ésto explica la diferencia de detalles en las distintas versiones. En la región de la costa, el diluvio o diluvios (porque no es preciso que en todas partes se trate del mismo) debe haberse producido a raíz de un gran temblor, terremoto o maremoto,

(1) Otro mito del Diluvio que cuentan los Araucanos, por el R. P. Martín Gusinde. Rev. del Museo de Etnología y Antropología. Tomo II. N.º 2, Santiago de Chile, 1923.

por una formidable salida del mar que posiblemente abarcó toda la costa meridional del país y que fué excepcionalmente desastroso en las playas de Carelmapu y Chiloé. Para comprender la destrucción de vidas y de propiedades que podría ocasionar una catástrofe de esa naturaleza, es preciso saber que la población indígena era más densa en las inmediaciones de la costa donde los pescadores construían y aún construyen sus ranchos en el mismo margen de las mareas.

El diluvio que recuerdan las tradiciones de los indios del interior desde Llaima hasta Llanquihue, tuvo otro origen. Se debía sin lugar a duda, a grandes conmociones volcánicas en la región de la cordillera (1) acompañadas de violentos movimientos de la tierra que, rompiendo los diques que contenían las aguas de algún gran lago de las montañas, lanzaron aquellas enormes masas líquidas sobre los valles y llanuras situados a sus piés.

Es probable que en ambos casos la pérdida de vidas y bienes fué grande y en torno de estos desastres, pueden haberse repetido en más de una ocasión y localidad, se ha formado el mito, ayudado por la fantasía supersticiosa de los indios. No es preciso, aunque sea posible, que las dos grandes inundaciones de que hemos hablado fuesen simultáneas; pero con el tiempo han sido confundidos en

(1) En esta región de los Andes hay todavía un número de volcanes activos o que han sido activos después de la Conquista; como Llaima, Lonquimay, Antuco, Tolhuaca, Villarrica, Osorno, Panguipulli, Riñihue, Quetropillán, Calbuco, Tronador, Corcovado, etc.

un solo mito, con muchos detalles comunes a las dos regiones; aunque con variaciones locales. Así algunas versiones atribuyen el desastre a una salida de mar y en otras el agua salió del centro de la tierra.

En casi todas se habla de los platos de madera, única vasija de los araucanos primitivos, con que se cubrían las cabezas, para protegerse de los rayos del sol, cuando el cerro subía, aproximándose a este astro. Naturalmente esta explicación es posterior al hecho mismo, cuando habían olvidado los verdaderos detalles de la catástrofe y su origen debe buscarse en algún hecho más verosímil.

Córdoba y Figueroa nos da la clave, cuando nos dice: «de aquí se infiere que este diluvio no vino sino después de alguna erupción volcánica, acompañada de grandes terremotos».

Es casi seguro que durante la erupción volcánica que causó los trastornos del mito, caería gran cantidad de ceniza candente, como siempre sucede en semejantes casos. En una relación del *Viaje de don García Hurtado de Mendoza al Sur del Valdivia y fundación de Osorno* «publicada por Claudio Gay (1) leemos: «Se ven altos volcanes ceñidos de nieve con respiraderos de fuego en sus remates. En varios tiempos *echaron éstos de sí tanta ceniza que creció más de palmo sobre la tierra*. Dilatóse con espantosos tronidos hasta más de sesenta leguas de allí».

El Padre Falkner nos da otro ejemplo que él presencié, cuando estuvo en la Pampa. Dice que las cenizas de un volcán cerca de Mendoza cayeron so-

(1) Documentos. I. p. 234.

bre las llanuras de Buenos Aires a una distancia de más de trescientas leguas, cubriendo el pasto». (1)

Los araucanos para protegerse de esta lluvia de cenizas rescaldantes, se taparían las cabezas con las fuentes de madera o con canastas tejidas, su única vajilla en aquel tiempo. Al incorporarse este incidente en las versiones costinas de la tradición, sufrió una modificación. En la costa, los volcanes son visibles sólo en algunos puntos señalados, a causa de que el cordón de la cordillera costina tapa la vista, y no ofrecen el mismo peligro que más al interior, tan temido por los moradores de las comarcas andinas. Pero existían los mitos de los cerros *ten-ten* que subían a medida que crecían las aguas, aproximándose al sol; de manera que al incluirse en la tradición el incidente de los platos, los consignaron el empleo más en conformidad con la índole de sus leyendas, cual era protegerse de los rayos del sol.

El P. Rosales y Robles Rodríguez ambos cuentan que, después de terminada la inundación, los indios sobrevivientes hicieron una gran rogativa a su *Pillán* (*pacarina*) en que sacrificaron a un niño, para aplacar la ira de este nūmen, como también aves y animales. Después de estos sacrificios comenzaron a bajarse las aguas, hasta volver a su condición normal.

Hallamos en los mitos araucanos varios puntos que son igualmente comunes a los de otras regio-

(1) A description of Patagonia and the Adjoining Parts of South América. Hereford. 1774.

nes de Sud-América. Como la mayor parte de las tribus no hacían uso de ninguna embarcación, sólo muy pocas se valían de este medio para escapar de las aguas. Casi siempre los sobrevivientes se refugiaban en un alto cerro o montaña y cuando, como acontece a menudo, las aguas amenazan cubrir la cima de ésta, hallamos casi siempre el mismo recurso, el de hacer subir el cerro a medida que crecen las aguas. También hallamos muy difundida la idea de convertirse una gran parte de la generación que perece en peces, anfibios, animales acuáticos, piedras, rocas, etc., idea que tiene un alcance totémico, por cuanto estos seres u objetos originan después muchos de los principales linajes de los pueblos existentes, los cuales se derivaron, según las leyendas, de las uniones de éstos con las indias descendientes de los que se salvaron.

Lehmann Nitsche nos ha conservado otro mito del diluvio de los Araucanos de las Pampas, completamente distinto de los corrientes en Chile, y que evidentemente ha tenido otro origen, que tiene sabor de las tribus del Chaco. Fué recogido en Chimpay entre los indios ranqueles, que a su vez eran oriundos de Chile. Dice: «Antes la tierra era toda agua y los pobres indios tuvieron que refugiarse en las montañas para no morir de hambre. Llovía siempre con fuerza y era de noche. Y también en las montañas se refugiaron las aves-truces, los peludos y los guanacos y así tuvo el indio de qué alimentarse.

Y como los indios tenían que pasar de un cerro a otro para buscar leña y el aire era negro, pidieron al sol que les alumbrara el camino durante la

noche para no ahogarse en las lagunas que habían formado las lluvias (y que impidiera que los espíritus de los muertos malos entraran en el corral de los muertos). Y el sol mandó a su mujer la luna, que fuera a los cielos y desde allí alumbrara a los indios de la tierra e impedir que los espíritus de los muertos malos entraran en el corral de los muertos, y como la luna se puso a caminar durante la lluvia, llevando el fuego en la mano, este se enfrió en el camino y por eso la luna alumbraba con luz fría y que no tiene calor.

Y así los espíritus malos no pudieron entrar nunca en el corral de los muertos y quedaron errando en el aire.

Y cuando las aguas bajaron, los indios se fueron a vivir a los campos donde hay pastizales y donde viven los avestruces y los guanacos». (1).

Es indudable que este mito se ha truncado en la narración, pues faltan algunos de los detalles esenciales, y a la vez se ve que es parte de un mito cósmico. No se dice quien mandó las lluvias ni por qué razón. Se puede suponer que el mundo estaba a oscuras, aunque la relación no está muy clara si esta oscuridad era constante o se refería a la noche solamente. Parece sin embargo, que la noche aquí se refiere a la época de oscuridad y no a un número determinado de horas en que no se dejaba ver el sol. En este caso presenta un elemento peruano,

(1) Mitología Sudamericana. I. El Diluvio según los Araucanos de la Pampa, por Roberto Lehmann Nitsche. Revista del Museo de la Plata. Tomo XXIV. Parte II. La Plata 1919. pp. 29-30.

en que durante el diluvio el sol desaparece del firmamento o bien la versión alternativa en que todavía no había sido creado. Es más probable lo primero, ya que los indios refugiados en los montes parecen haberlo conocido ya que dirigen sus plegarias a él. Empero, es curioso que el sol en el extracto que se ha salvado, no aparece en el cielo, y solamente manda a su esposa la luna para que les alumbre de noche.

No hay un solo detalle en este mito que la relación con los corrientes entre los araucanos chilenos, ni conocemos otro que sea igual o parecido.

Lehmann Nitsche comentando los mitos araucanos del diluvio, supone que han venido en parte de las regiones tropicales sud-americanas, abundantes en grandes ríos, devastadas por inundaciones y notables por una fauna de enormes ofidios acuáticos. De otra parte vendría desde el Perú otra corriente mitológica caracterizada por el cerro místico que sabe crecer o nadar cuando las aguas de la inundación lo rodean. (1)

Es posible lo primero, porque los araucanos del sur de Chile eran a todas luces un pueblo intruso en la región que ocupaban cuando llegaron los españoles, sin que hasta ahora se haya podido designar su origen. En Chile no hay ningún ofidio que pase de un metro de largo, pero existe en los cuentos populares de los indios una infinidad de leyendas en que figuran las culebras, sin que sean,

(1) Mitología Sudamericana. I. El Diluvio según los Araucanos de la Pampa, por Roberto Lehmann Nitsche. Revista del Museo de la Plata. Tomo XXIV. Parte II. 1919. pp. 29-30.

no obstante, de dimensiones monstruosas. Es muy probable que no solamente el pueblo mezclado que se ha conocido históricamente como araucanos, sino también el pueblo más antiguo que existía en el país antes de su llegada y que son antiguos en él, hayan venido de allende los Andes.

Encontramos entre sus apellidos comunes y entre los antiguos tótemes de todo el país, los nombres de *nahuel* y *cheuque*, tigre y avestruz, (1) que nunca han formado parte de la fauna chilena y entre los motivos de la ornamentación de su alfarería ritualística figura, pintado o modelado el tigre o jaguar ya en forma realista o bien estilizado. (2)

Respecto del segundo postulado, que las ideas del cerro que sobrenada o que crece, haya venido del Perú, no estamos seguros. Lehmann Nitsche, cita en apoyo una opinión de Winternitz (3), que dice: «Sirviéndonos del análisis del autor recién citado, dejamos constancia que el motivo del «cerro flotante» se halla sólo y exclusivamente en la tradición diluvial de los araucanos y peruanos».

(1) Latcham. R. E. Organización Social y Creencias Religiosas de los Antiguos Araucanos.

(2) Latcham. R. E. El culto del Tigre entre los antiguos pueblos andinos. Revista Chilena de Historia Natural. Año XXX. 1926. pp. 125-136.—Santiago de Chile.

(3) Winternitz. Die Flutsagen des Altertums und die Naturvölker.

Para mayores datos también se pueden consultar:

Ehrenreich. Die Mythen und Legenden des süd amerikanischen Volker und ihre Beziehungen zu denen Nordamerikas und der alten Welt. Berlín. 1905.

Schmidt. P. Wilhelm. Kulturkreise und Kulturschichten in Südamerika.

Zeitschrift für Ethnologie T. XL. pp. 1100-1106. 1913.

Esta opinión es errónea, pues como hemos ya dicho era conocido por los indios Gés del Brasil y entre los antiguos caribes. Es verdad que entre los primeros la culebra protectora de los araucanos se reemplaza por una gallina de agua, la cual se hace subir el cerro llevando tierra en su pico y entre los últimos el ibis o flamenco hacía la misma cosa; pero en ambos casos la idea es igual, algún animal protector, probablemente el tótem de la nación, salva a los hombres por el mismo medio. (1)

Entre los Yaganes de Tierra del Fuego encontramos también la idea del cerro, en este caso una isla, que sobrenada las aguas del diluvio y así permite escapar algunos pocos hombres. Este mito lo daremos más adelante.

Aquí otra vez la diferencia entre las dos formas del mito parece más bien derivarse de la ubicación de los pueblos que las creen. Los que viven cerca del litoral favorecen la idea del cerro o isla que sobrenada, mientras que los del interior atribuyen el milagro a un cerro que crece en altura a medida que suben las aguas; pero en una u otra forma el mito parece haber sido conocido en todo el continente.

Lo que hace posible que el mito araucano tenga relación con el de los Tupi es que en ambos aparecen dos seres, que representan diferentes fuerzas de la naturaleza, en constante pugna. Uno, Monan era el dios que disponía del fuego, el trueno y

(1) South American Folk-lore: Creación and Deluge Myths. by M. V. Jack. publicado en The South American Supplement of «The Times». London. Tuesday September 30, 1913.

el relámpago y el otro Irin Magé era el dios de las lluvias y tempestades. Cuando el primero quería destruir el mundo con fuego, el otro lo apagaba causando inundaciones que apagaban el fuego.

El diluvio no obedece siempre las mismas causas. Algunas veces es provocado por el enojo del dios creador contra los hombres, por haberse vuelto muy viciosos o por no obedecer sus preceptos; pero también es causado a menudo por la lucha entre dos dioses diferentes, uno de los cuales inunda la tierra o para destruir a su rival o bien para acabar con la generación de seres vivientes creada por el otro. Quizá en estos casos también podamos ver la misma idea de la lucha de los elementos, pero no siempre existen datos suficientes para formular una teoría sostenible. Por lo general los mitos cosmogónicos de los sudamericanos son muy poco conocidos, aunque año por año va aumentando el acopio de leyendas y tradiciones, salvadas del olvido con la difusión del estudio del folklore indígena.

Entre los Fueguinos también existía el mito del diluvio, muy vago, y apenas precisado entre los Onás, quienes lo atribuyen a Kuanip su héroe mitológico; pero más detallado y circunstanciado entre los Yaganes. El de los últimos, según Coazzi era el siguiente:

«Cuentan que una vez la luna cayó al mar, razón por la cual el agua se levantó tanto que sólo quedó visible la cumbre de un monte, sobre la cual se salvaron los hombres y animales más listos. Cuando la luna se volvió al cielo, las aguas tornaron a bajar y entonces aquellos hombres y animales bajan-

do de la montaña, hallaron en una laguna una ballena muerta, la cual comieron».

«Algunos hombres y animales no se salvaron sobre la cumbre de una montaña, sino sobre la isla Cable, la cual despegándose del fondo del mar, anduvo flotando como una gran barca, hasta que habiendo la luna vuelto al cielo, ella también volvió a arraigarse sobre su primitivo fondo marino». (1)

Es muy interesante encontrar aquí nuevamente la idea del cerro que se eleva o sobrenada en las aguas del diluvio, común entre los araucanos y algunas tribus peruanas. Se nota también, que el diluvio como en todas partes de Sud-América, sólo tuvo un alcance local, y que se habla simplemente de la región recorrida por ellos y afectándose los Yaganes, sin tomar en cuenta ningún otro pueblo o tribu.

El mito del diluvio era igualmente conocido en Centro y Norte América, y las versiones peruanas tiene muchas analogías con algunas de esta primera región, lo que nos hace sospechar que pueden haberse difundido de algún centro común. Esta semejanza se extiende a muchos de los detalles fundamentales de la creación.

El mito todavía corriente de Yucatán (2) habla de cuatro creaciones sucesivas, (que en algunas partes se aumentan a cinco). La *primera generación de hombres edificó las ciudades ya arruina-*

(1) Los Indios del Archipiélago Fueguino, por Antonio Coazzi. Trabajo publicado en el N.º 13 de la Revista Chilena de Historia y Geografía. 1914.

(2) A comparative study of the Mayas and the Lacandones, por A. M. Tozzer. Nueva York. 1905.

das. Vivían en una época de oscuridad en que todavía no se creaba el sol o demás astros. Tan luego como apareció el sol, esta generación se convirtió en piedras, cuyas imágenes petrificadas se encuentran en muchas de las ruinas. Entre la primera y segunda época sobrevino un gran diluvio que destruyó a todos los que no se habían convertido en piedras. La segunda generación, por ofender contra las buenas costumbres también pereció en un diluvio. La tercera generación eran los antepasados de los Mayas. Ellos también fueron destruidos por un nuevo diluvio, salvándose tres de ellos en una canoa. De ellos descienden todos los Mayas actuales. La cuarta generación se componía de una mezcla de todas las demás naciones conocidas, que ahora ocupa la tierra.

Este mito se halla difundido entre los Mayas, Aztecas, Lacondones, Quichés, y Kakchiquels, aunque, como en el Perú, tiene muchos variantes locales. En la versión Quiché, durante la época primera, no existían hombres. En la segunda creación, los dioses creadores, quienes eran tres, acordaron hacer seres humanos. Los modelaron de greda, pero como eran sin inteligencia los destruyeron. En la tercera creación, lo hicieron de madera, esculpiéndolos en la forma que debían llevar. También resultaron sin inteligencia, y como no adoraban a sus creadores, éstos los destruyeron nuevamente, con otro diluvio, convirtiendo algunos de ellos en monos. En la cuarta generación, los hombres fueron modelados de una masamorra de maíz, y éstos eran los antepasados de los Quichés actuales.

Si comparamos este mito centro-americano con el de los collas, veremos que tienen muchos conceptos en común. Si no es constante el detalle de las cuatro épocas, a lo menos Huaman Poma de Ayala deja constancia que también existía la creencia entre algunas tribus collas, y todas las versiones hablan de dos, y algunas de tres creaciones distintas.

Según los ritos de ambas regiones, la primera generación vivía en la oscuridad, no habiéndose creado todavía el sol, la luna o las estrellas. En ambos, esta generación era la que construyó las antiguas ciudades, cuyas ruinas no podían explicar de otra manera las generaciones posteriores. Las estatuas y figuras de piedra encontradas en estas ruinas eran conceptuadas como de personajes que habían sido convertidos en piedra por los dioses.

Encontramos en una y otra región la idea de una creación material. Los dioses primero modelaron los hombres en barro o greda, y, no quedando conforme con su primera fabricación, los volvieron a modelar. Los dioses quichés hicieron tres ensayos, haciendo los hombres primero de greda, después de madera, y por último de maíz amazado. Esto nos hace acordar de los ensayos de Viracocha, quien primero dibujó las formas en una piedra y luego los modeló en piedra y hallándoles disformes los dejó sin vida y elaboró una segunda generación de barro en su propia semblanza.

La conversión de los hombres en monos, por los dioses-creadores quichés, recuerda un acto análo-

go por parte de Pachacamac, quien convirtió en monos una parte de los hombres creados por Con, desterrándolos a los Andes.

Al igual que en el Perú, este mito, a pesar de ser bastante generalizado, no era universal ni único. Cada nación y muchas veces cada tribu, tenía su propio dios-creador y su propio mito local. Pero, ninguno de estos mitos puede considerarse primitivo, ni siquiera muy antiguo, por cuanto casi todos ellos tratan de explicar de alguna manera la existencia de pueblos anteriores, cuyos restos hallaban en su territorio o cuyos recuerdos quedaban en sus tradiciones. De aquí, hallamos entre los pueblos americanos, la idea de varias creaciones, como la única manera de explicar los diferentes hechos concretos que hallan a su alrededor o que son recordados en sus tradiciones. Es la razón también porque, con tanta frecuencia, hallamos en sus mitos una creación independiente de la tierra y del universo, que las más de las veces nada tiene que ver con la creación de los hombres. Las dos creaciones son casi nunca simultáneas o contemporáneas, ni en todos los casos se trata siquiera del mismo creador. Ocasionalmente el acreedor de la tierra también elabora una generación de hombres, pero éstos son a menudo destruidos por otro dios, quien, a su vez, hace una nueva generación. Esto proviene del hecho que cada nación tiene su propio creador, y al migrar de una región a otra, quedan en las tradiciones recuerdos del exterminio o la expulsión de los habitantes anteriores.

Hemos explicado en otra parte que, entre la ma-

yoría de las tribus peruanas, el dios-creador era el *pacarina* o antepasado fundador. Encontramos la misma cosa entre los aztecas y centro-americanos. Existía antiguamente en toda la región el matriarcado o filiación matrilineal, aunque a la llegada de los europeos la *patria potestad* se luchaba para imponerse, en general el padre era ya reconocido como jefe de la familia y los hombres habían ya asumido las riendas del gobierno de los clanes y de las tribus. Este estado de transición produjo una correspondiente transición en las ideas religiosas y aún en los mitos. Los pacarinas, quienes con seguridad habían sido mujeres, eran reemplazados en su sexo, y aún cuando guardaban los mismos nombres se miraban como varones. En muchas partes quedan pruebas de ésto en los términos empleados al hablar de ellos y en la duda expresada a veces, respecto de su verdadero sexo. Varios eran de sexo indefinido, otros eran hermafroditas, llamándose indiferentemente él o ella. En uno de los himnos a Viracocha, reproducido por Salcamayhua vemos expresarse la duda respecto del sexo de este dios, (1) que no parece hallarse bien establecido, aún entre el sacerdocio de su culto en el Cuzco. Otros dioses creadores peruanos también eran mirados de sexo dual y disponían de la doble función de la fecundidad y la procreación.

(1) Ensayo Mitológico. El Culto de Tonapa. Los Himnos sagrados de los Reyes del Cuzco según el Yamqui Pachacuti. Por Samuel A. Lafone Quevedo. Rev. del Museo de La Plata. Vol. III. p. 320.

Como en todas partes de América quedaban tradiciones de grandes diluvios, estas catástrofes eran utilizadas para explicar la desaparición de pueblos anteriores y, en la mayor parte de los mitos cosmogónicos, era el medio favorito empleado por los dioses para destruir una generación, que por algún motivo había despertado su enojo. Otro ejemplo de ésto lo hallamos en un mito del Alto Napo, que trata de explicar las inundaciones periódicas de las grandes llanuras de la hoya amazónica. El mito es como sigue: «En los más antiguos tiempos de nuestros antepasados, a causa de unos derrumbamiento de las orillas del Marañón, por diez años seguidos, se obstruyeron con lodo los agujeros internos del río, por donde antes se filtraban las aguas como por cernideras. El río de madre y las aguas penetran a un lado y otro del bosque, y sigue formándose, durante los diez años una gran laguna, a modo de mar, y suben las aguas hasta cubrir los montes; aún el cerro Sumaco sepultóse entre las aguas, con ser el más elevado de la planicie oriental. Solamente unos pocos hombres y mujeres pudieron librarse de la inundación general, fabricándose con palos de balsa, una pequeña embarcación, en la que se refugiaron también algunas aves, unos cuantos animales y reptiles.

En la balsa pusieron un poco de tierra y sembraron maíz y yuca, y comiendo en pequeña cantidad, pudieron mantenerse durante la inundación. Después de largo tiempo se destaparon los agujeros que permitieron la filtración de las aguas del Marañón y aparece poco a poco nuevamente toda

la tierra. Los hombres salen de la balsa y repartiéndose en todas direcciones siguen poblando el bosque». (1)

Un estudio crítico de todos mitos sud-americanos del diluvio demuestra que no se trata de una catástrofe universal, sino en cada caso de una inundación local. Cuando se habla del mundo, cada pueblo dá al término el límite conocido de ellos y no se preocupan generalmente de tierras fuera del territorio ocupado o recorrido por sus tribus. Así los sobrevivientes son casi siempre los fundadores de su nación, sin referencia a ninguna otra. Al preguntarles sobre otras gentes o naciones sus respuestas son vagas y contradictorias. Dicen con frecuencia que en aquél entonces no existían más gentes, y que las demás han venido después y han tenido otra creación, sin que se preocupen gran cosa sobre el punto. Muchos de los mitos especifican con más o menos precisión las tierras que suponen destruídas por el diluvio; como el de los chibchas, en el que no cabe duda respecto de su localización; el de los cañaris, de los collas, de los ancasmarcas, de los jíbaros y otros.

En la costa como en la región montañosa de los

(1) Folklore del Alto Napo. Por el Dr. R. Dávila. Publicado en el Boletín de la Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos Americanos. Vol. IV. N.º 12. Mayo-Junio de 1920. Quito.

Estas inundaciones que son anuales, son causadas por las grandes lluvias de la región montañosa occidental, que hacen desbordar los ríos, pero son explicadas por los indios de los llanos, donde las lluvias no son tan fuertes ni tan prolongadas, de la manera que indica el mito.

Andes, las inundaciones han probablemente obedecido las mismas causas que las anotadas entre los araucanos, ya que de un extremo a otro de la parte occidental de Sud-América, rigen idénticas condiciones físicas, volcánicas y sísmicas, y, a juzgar por lo que ha pasado en Chile y el Perú, las conmociones terrestres producidas por estas causas, eran más frecuentes y más recias en siglos pasados cuando existía mayor número de volcanes activos que en la actualidad. Recuerdos de erupciones volcánicas aparecen en muchos mitos, generalmente en relación con el espíritu o el dios del trueno, quien es a menudo el creador.

En cuanto a las leyendas que atribuyen el diluvio a las lluvias, éstas son escasas en el lado occidental de los Andes, sobre todo en la costa del antiguo imperio incaico donde nunca llueve. Esta causa sólo puede referirse a los valles interiores, pero los pocos mitos que se han recogido en el Perú en que el diluvio se debía a las lluvias, parecen de haber sido importados de la región de la floresta amazónica y quizá en algunos casos pueden ser modificaciones post-españoles, debidas tal vez a las enseñanzas de los misioneros.

De todo modo, no hay ningún fundamento para suponer que, por hallarse tan difundido entre tantos pueblos distintos, se trate de un diluvio universal, o siquiera continental; sino que en una época u otra, dentro de los recuerdos del hombre, en cada una de las localidades donde ha quedado memoria del desastre, hubo una o más grandes inundaciones parciales, que con frecuencia habrían sido catastróficas. No es necesario que hayan sido

simultáneas ni siquiera contemporáneas y no existe la menor probabilidad de que así fuesen, pero es indudable que toda la región andina ha sido el centro de una serie de disturbios tectónicos que podrían en cualquier momento provocar los resultados recordados en los mitos.

Graebner, hablando del diluvio, dice: «Es importante comprobar cómo esta leyenda difundida por todas partes, *se asocia a fenómenos locales*». (1) y en esto estamos en perfecto acuerdo con él, por más que la versión bíblica lo hace aparecer como universal, el cual no puede haber sido el concepto original, sino sólo el resultado de una interpretación tardía, al igual del mito de la creación edénica. Ambos son conceptos evolucionados y no primitivos.

Empero debemos considerar este mito, por donde quiera que lo encontramos en el continente sudamericano, y sea o no sea cosmogónico, como muy relacionado con los cultos de los diversos pueblos, ya que sin excepción todos refieren el desastre a la voluntad de algún dios o numen, bueno o malo de su mitología.

(1) El Mundo del hombre primitivo. Ob. cit. p. 30.



CAPITULO X

Mitos y supersticiones

Escaso número de mitos conservados por los cronistas y misioneros.— Fragmentos de los mitos solares y lunares.—El mito del bejuco o cuerda entre el cielo y la tierra.—Relaciones entre el sol y la luna.—Eclipses.—Supersticiones respecto de las estrellas y constelaciones.—El trueno y el rayo.—Las cometas.—La serpiente en los mitos.—El tigre.—La unidad de origen de los cultos peruanos no está probada.—El carbunco *Titi* y su relación con *Viracocha*.—Mitos de orígenes.—Culto de las rocas y las cuevas.—El mito de *Huallallo* y *Pariacaca*.—La batalla entre ellos.—Las aventuras de *Pariacaca* en su busca de *Huallallo*.—La leyenda de *Huathiacuri*.—Observaciones sobre estos mitos.— El tema del «burlador».— Indicios de un culto fálico.—Espíritus funestos.—*Tanga Tanga* y la idea de la Trinidad entre los indígenas.—Supersticiones varias.— Las *Apachetas*.—La brujería.—Los *huacanquis* y otros maleficios.—La magia y su aplicación en la vida diaria.

LA falta de toda clase de escritura o pictografía que corresponda a los jeroglíficos y «códices» de los mayas y mejicanos y los pocos mitos y tradiciones recogidos por primeros cronistas hace parecer muy pobre y sen-

cilla la cosmogonía incaica. Algo sabemos, pero muy poco y ese poco ni siquiera es incaico, sino de otros pueblos contemporáneos, de extracción en gran parte diferente, y si en algo se asemeja a la de los collas es debido a contactos y no a un origen común, pues parecen haber perdido la mayoría de sus leyendas primitivas durante las migraciones.

De los dioses y seres titulares preincaicos, tenemos escasas noticias, aunque sabemos que existían otras culturas anteriores, tanto o más adelantadas que la del Cuzco. La arqueología nos demuestra que deben haber tenido mitologías desarrolladas y la antigua alfarería y los tejidos presentan a nuestra vista un sinnúmero de divinidades, de las cuales ni siquiera sabemos los nombres.

De los dioses de los incas, las noticias son también escasas, si exceptuamos el culto público que ha sido descrito en parte por los cronistas. De las leyendas y tradiciones relacionadas con ellos, quedan muy poco más que los mitos de la creación de Viracocha, del Sol, de la Luna, de Chuqui Illa, y de las deidades menores, Nina, Huayra, Umu, Cuychi, Mama Pacha, Coccha, Chasca, Oncoy, etc., lo único que podemos asegurar es que existían y que tenían sus adoratorios especiales.

El padre Cobo nos dice que en el Cuzco y la vecindad, había más de cuatrocientos santuarios, y Ondegardo enumera más de doscientos de ellos. (1) Es indudable que la mayor parte de éstos eran locales, pacarinas o tótemes, o bien fetiches comunales; pero aún éstos solían tener cada uno sus

(1) Relación de los Adotarios. Ob. cit.

tradiciones y leyendas, sin que sepamos nada de ellas.

El último autor mencionado, como igualmente Arriaga, Avendaño y Villa Gómez dicen que todos los dioses e ídolos tenían sus leyendas y fábulas; pero son escasísimos los datos que dan al respecto. Villa Gómez, hablando de las Huacas, dice: «tanto los unos como los otros creen y cuentan sus fábulas que arrojan mucha luz sobre sus idolatrías... Las principales huacas siempre tienen sus tradiciones, que habían sido hombres convertidos en piedras, que tenían hijos, etc.»

Arriaga al enumerar los deberes del *Huacapwillac* o sacerdote de la huaca, dice que entre sus obligaciones era la de «enseñar su idolatría y contar sus fábulas.

Algunos de los misioneros ocupados en la extirpación de la idolatría nos dan largas listas de nombres de los ídolos que destruyeron o que veneraban los pueblos de sus doctrinas, pero raras veces consiguan algunos detalles respecto de ellos.

Casi los únicos que relatan algunos mitos son, D'Avila, los Padres Agustinos, Ramos, Calancha y Cobos, y los últimos repiten los mismos. Molina y Sarmiento nos dan algunos mitos de la creación y del diluvio, y uno que otro de los cronistas e historiadores de Indias han conservado fragmentos de otros. Pero la mitología precolombiana de la región andina, en su mayor parte, se ha perdido para siempre, y ésto hace que la religión de los incas parezca, a primera vista, muy simple y uniforme; cuando en verdad era tan compleja y figurativa

como la mejicana o maya, variándose de valle en valle y de pueblo en pueblo.

El clero español se ocupó más en extirpar la idolatría que en conservar o dejar alguna constancia de los mitos y tradiciones en que se basaba, y muchas relaciones que pudieron habernos ilustrado algo más, eran suprimidas a fin de que los indios no aprendiesen de nuevo los errores que se les habían quitado.

Aunque había calendario, con cuentos jeroglíficos y símbolos para indicar los meses, no queda ninguna descripción de ellos y no sabemos sus significados ni si hubiesen signos para los días, como entre los mayas. Según Montecinos, los años se agrupaban por décadas y siglos. Cada diez siglos lo llama *capac-huati* año potente, o *Intihuati* año del sol; pero a juzgar por el silencio que sobre este punto guardan todos los demás cronistas y escritores, parece más bien superchería del autor. Entre todos los pueblos más cultos del imperio, guardaban fiestas mensuales, todas relacionadas con su religión; pero, a excepción de la forma exterior de las practicadas en el Cuzco, no queda recuerdo de ellas o de su significancia. Por todo el imperio los meses eran lunares.

En muy pequeña parte podemos reconstituir algunos de los mitos de la Sierra, por los datos esparcidos entre los cronistas y otros autores, complementados por las supervivencias que aún permanecen entre los indígenas en forma adulterada; pero los de la costa con muy escasas excepciones, han desaparecido, sin dejar más rastro que unas vagas

supersticiones, todavía corrientes entre el pueblo bajo.

Del Sol y de la Luna, debe haber existido una mitología rica y abundante, que se ha perdido casi totalmente.

Del origen de estos astros, sólo tenemos las noticias anotadas en los mitos de la creación de Viracocha, según los cuales, ambos eran criaturas de este dios creador, aunque parece haber existido otra leyenda, más primitiva, todavía subsistente entre los indios aymarás del lago Titicaca. Según ésta, el sol existía antes del diluvio o de crearse la generación nueva de hombres por Viracocha; porque cuentan que durante la catástrofe fué sumergido debajo de las aguas, o bien se refugió en la Roca Sagrada, Titikala, y, después de bajar las aguas, volvió al cielo. Este período de oscuridad, debido al desaparecimiento del sol, se encuentra en muchas partes. Los Huarochiris tuvieron una leyenda en que dicen que se ocultó por cinco días, quedando la tierra completamente oscura. Pero no era debido al diluvio, el que sucedió mucho después, como explica D'Avila, quien atribuye la oscuridad a un eclipse, aunque no dice cómo este fenómeno pudo durar por tan largo tiempo. Relata la leyenda como sigue: «Cuentan pues que también en aquellos antiquísimos tiempos, desapareció el Sol y estuvo oscura la tierra por espacio y término de cinco días y que las piedras se encontraban y daban unas con otras y que los morteros que los indios llaman *mutca* y los batanes de piedra que llaman *marap* se levantaban contra sus dueños y se los querían tragar y

que los carneros, así los que estaban amarrados en las casas como los del campo arremetían con sus señores». (1)

En otros mitos andinos, el Sol era hijo del cielo; en algunos era el creador de los hombres, pero casi nunca el creador del universo, ya que era muy general la opinión que había una época primitiva de oscuridad y que el Sol mismo era engendrado o creado por un ente superior, quien era, de ordinario, el creador del universo. Varios de los mitos solares versan sobre ésta época y de la manera cómo apareció el Sol. Entre los quitus y caras era el mismo creador Pacha, quien encontrando oscuro el mundo que había formado, subió al cielo para convertirse en luminario.

Generalmente, en la mitología peruana, el sol y la luna eran marido y mujer y según algunas de las leyendas de los incas, éstos astros eran los padres de la raza. Pero a la vez reconocían que habían sido creados por Viracocha.

En varios mitos el Sol tenía hijos y en este respecto recordaremos que en la región de la costa, *Con*, *Pachacamac* y *Vichama* eran todos hijos del sol y, a la vez, cada uno era el creador de una generación distinta de hombres. Otro dios de la misma región, *Iraya*, era el sol en persona.

A veces, el Sol, como creador de la generación humana, participa de una dualidad de sexo que le permite fertilizar y poner los huevos de que se originan los hombres. Hemos contado algunos mitos

(1) Idolatrías de los Indios de Huarochiri. Ob. cit. Cap. 3. p. 110.

de esta naturaleza. Arriaga dice que creían algunos de los indios «como los de Huacho y Begueta, que el Sol baxo a la tierra y puso dos huevos, vno de Oro, de donde procedieron todos los Curacas y Caciques, y otro de Plata, de adonde salieron los demás indios». (1) Avendaño dice que eran tres los huevos y que del otro salieron todas las princesas; y el número varía con la localidad, pues en Huaro-chiri eran cinco.

Huaro-chiri, hijo de Atagujú, dios del cielo, aunque el mito en que figuraba era de evidente origen florestal, parece haber sido un dios solar. Engendró en Cautaguan dos huevos, de los cuales nacieron Catequil, el dios del trueno y Piguerao, de quien no tenemos mayores noticias. Después de su muerte Huamanchuri vuelve al cielo. Su nombre, hijo del halcón, nos hace pensar también que se relacionaba con el culto solar, por cuanto este ave, en toda la región montañosa, era símbolo de dicho astro. Dicen los padres agustinos que los huamachucos adoraban al sol: «embijánse la nariz con *sanco* amarillo como cera y en la cara con colorado... es señal que quieren mochar al sol». (2) Recordaremos que entre los incas los colores dedicados al sol eran el amarillo y el rojo, o bien el blanco y el rojo.

Velasco dice que el Dios *Con o Con Ticsi* (el sol poniente) era el jefe de los Puruhuas que vinieron al Ecuador por mar.

El Sol era esencialmente ser tutelar, pacarina, tótem o deidad de la Sierra, no solamente del Pe-

(1) Extirpación. Cap. VII. p. 40.

(2) Relación. p. 39.

rú, sino en toda la región andina, desde Panamá hasta el sur de Chile. Figuraba en las mitologías de la costa, pero generalmente no era el dios principal; puesto ocupado por el mar o la luna.

El astro de la noche no aparecía en todas las mitologías andinas como esposa del sol; ni siquiera siempre como de sexo femenino. En varios de los mitos de la floresta era a menudo un hombre, a veces hermano del sol; pero en algunos casos su enemigo acérrimo. Lehmann Nitsche, estudiando la cosmogonía de los indígenas de Sud América dice que la idea de que el sol y la luna sean marido y mujer, parece reservarse al espinazo de los Andes, con una pequeña ramificación hacia el Chaco, entre los tobas. Este concepto principia en Venezuela para terminar en Tierra del Fuego. En cambio en la mayor parte del Brasil, el interior de Bolivia y entre las tribus de extracción guarani, el sol y la luna se suponen hermanos.

Los jíbaros del Ecuador, tribu perteneciente a la familia arawak de la floresta amazónica dicen que el Sol (*etsa*) y la Luna (*nautu*) antiguamente eran hombres y vivían en la tierra en la misma casa y tenían la misma mujer, (la cual era un ave y se llamaba *Aóho*), turnándose con ella. *Aóho* halló muy ardiente al Sol y muy frío a la Luna. El Sol se burló de la Luna jactándose de esta preferencia. La Luna, enojado, sopló al Sol, que momentáneamente se oscureció y enseguida la Luna se subió al cielo por un bejuco que colgaba de allí. No viendo ni el Sol, que se había ocurrido, ni la Luna, *Aóho* se creyó abandonada y trepó tras de la Luna. Cuando éste notó que le seguía, sacudió

el bejuco hasta que se cortó y cayó la mujer otra vez a la tierra.

También el Sol, más tarde se fué al cielo por otro bejuco (*etsaneika*—bejuco del sol); pero como seguía la mala voluntad entre los dos astros, la Luna huyó de él. Nunca pueden andar juntos y nunca se reconcilian. Por eso, el Sol siempre se vé de día y la Luna de noche». (1)

La leyenda del camino entre el cielo y la tierra por medio de un bejuco o una cuerda se halla repartida entre Méjico y el Cabo de Hornos, con algunas variaciones. Aquí tenemos otro mito jíbaro sobre el mismo tema: «Tiempo hubo en que los jíbaros iban al cielo donde vivía un jíbaro anciano, bueno, bondadoso y sabio, quien permitía acercársele a los que juzgaba laboriosos y rechazaba a los que no; a él recurrían los necesitados y pobres y era el consejero de todos los asuntos, ya relativos a la guerra ya de los concernientes a las enfermedades, ya en fin de los que atañen a las costumbres del hogar. A él pedíanle que sus huertas produzcan el grande y exquisito *pandamo* (plátano) y la blanca *mama* (yuca) que los ríos abunden en peces y que el *ilipi* y *tarachi* no envejezgan».

Entonces había el *Itsanaqui*, bejuco rectilíneo en forma de gradería y a la manera de una inmensa cuerda suspendida entre el cielo y la tierra y por donde subían todos aquellos a quienes permitía el jíbaro viejo; más entre aquellos jíbaros había una mujer tan mala y depravada que siendo

(1) Mitos de los Indios Jíbaros, por Rafael Karsten, Ob. cit. N.º VI. p. 335

más que cruel y sobre todo infiel, desobedeciendo la voz de uno de sus esposos tentó subir al *itsanaqui*; pero entonces *Undachinicamusa*, el nombre del jíbaro en el cielo, se enfureció al ver el atrevimiento de la *Noapugaracha* (mujer corrompida) y gritando a la manera del *piumate* (trueno y brillándole los ojos como el *puebm* (rayo), bajó veloz el *itsanaqui*, lo cortó de un tajo y precipitó a la intrusa a la cima tenebrosa de un abismo». (1)

Otro cuento jíbaro, referente al origen de las estrellas también habla del bejuco *êtsaneika*. Es el consabido cuento de los tigres, contado con muchos detalles por Karsten. Los mellizos en este caso eran dos estrellas, y al igual de Catequil y Piguerao en el mito de los Huamanchucos salieron de dos huevos originados en el cuerpo de la madre asesinada y comida por los tigres. De estas dos estrellas *Yanguai* y *Ya* descendieron todas las demás estrellas. «Antiguamente las estrellas, que eran gente, frecuentemente bajaban a la tierra por el bejuco *etsa neika* y también gentes de aquí subían por el mismo bejuco hasta el cielo». (2)

Entre los araucanos, el bejuco se reemplazaba por un lazo hecho del cuero de un tigre muerto por un zorro astuto». (3)

(1) Cuento Jíbaro, por Luis A. Vivar. Bol. de la Acad. Nac. de Hist. Vol. II. N.º 5. p. 295. Quito. 1921. Es de creer por estos dos cuentos que antiguamente los jíbaros practicaban la poliandria, pues en ambos casos dos o más hombres tenían una sola mujer en común.

(2) Mitos de los Indios Jíbaros. p. 337.

(3) Estudios Araucanos por Rodolfo Lenz. N.º VI. Santiago, 1896.

Prof. Furlong dice que «los Onas tienen una leyenda que relata que el primer hombre y mujer bajaron del cielo por una cuerda, la cual se cortó y fué llevada otra vez arriba, de manera que la gente tuvo que quedarse en la tierra». (1)

Corrial dice que los Yahganes tenían el mismo mito. (2)

Los Mayas de Yucatán creen todavía que en una época anterior existía en el cielo un camino suspendido llamado *kusansumo sabke*, el camino blanco. Se supone que era de la naturaleza de una gran cuerda, *sum*, que tenía vida. Por esta cuerda recibían sus mantenimientos los que construyeron las antiguas ciudades arruinadas. Por alguna razón desconocida, la cuerda se cortó, corrió la sangre y la comunicación con el cielo terminó». (3)

Entre los collas, todavía existen en sus leyendas, recuerdos de la antigua rivalidad entre el Sol y la Luna, y puede ser que en un tiempo lejano hayan mirado a los dos como hombres. Dice un mito que corre entre los aymarás del altiplano, que cuando el sol y la luna andaban en la tierra, antes de subir al cielo, la luna era más hermosa y brillante que el sol, aunque éste era más fuerte y de más mal genio. Un día oyendo hablar algunas mujeres y que éstas decían que la luna era más bella, el sol se

(1) The Haush and Ona, primitive tribes of Tierra del Fuego. Proceed. 19th Intern. Cong. of Americanists. Washington 1915. pp. 432-444.

(2) Psychoneurosis among primitive tribes, por Dr. M. Corrial. Journal of Abnormal Psychology. Boston 1915. Tomo X. N.º 3. pp. 201-203.

(3) Tozzer, A. M. A. Comparative Study of Mayas and Laccondones. Ob. cit.

enojó y tiró un puñado de barro a la cara de su rival y que desde entonces la Luna ha andado con la cara manchada y su luz menguada.

La misma leyenda se encuentra en una de las versiones del mito de la creación por Viracocha, contada por Sarmiento. Dice que antes de subir al cielo, el Sol, despechado por el mayor brillo de la Luna, le tiró a la cara un puñado de cenizas, que la dejó desfigurada.

Garcilaso nos dá otra versión, distinta a las demás. Dice: «Para las manchas de la luna, dicen otra fábula... dicen que una zorra se enamoró de la luna, viéndola tan hermosa y que para hurtarla subió al cielo, y cuando quiso echar mano della la luna se abrasó con la zorra y la pegó así y que desto se hicieron las manchas». (1) Esta fábula debe ser costina, pues tiene el sello de esa región y es muy diversa de la que corre en la Sierra, que es la que hemos contado.

Los araucanos dicen que el sol y la luna eran hombre y mujer, pero que la luna tuvo amores con el planeta Venus. Furioso el sol, le quemó la cara y quiso consumirla con su calor; pero la luna arrancó y pudo escapársele. Para librarse del sol, subió al cielo, adonde le siguió el sol y siempre la persigue. Como la luna es más ligera, no la alcanza y pasa lo más del tiempo buscándola. Ella se esconde y sólo sale de noche, pero a veces el sol casi la coge. En este trance también corre de día y se ven los dos a un tiempo. Aunque más ligera, la luna es muy comedora y se llena tanto que se en-

(1) Comentarios Reales. Lib. II. Cap. XXIII.

ferma, entonces principia a enflaquecerse y se cansa, por eso cada mes tiene que esconderse por tres días. Creen los indios que algún día el sol la alcanzará y esto será el fin del mundo.

Es interesante encontrar un mito muy parecido entre los Onas de Tierra del Fuego. Dice Coiazzi: «Al principio cuando eran seres humanos el Sol y la Luna eran marido y mujer. Un día a causa de una riña grave, el Sol pellizó y quemó a la cara de la Luna (de aquí sus manchas) y aún hoy se persiguen airados a través del cielo; no se alcanzan porque al paso que el sol se acerca a la luna, ésta se va achicando cada vez más, de modo que llega a ser invisible cuando el sol pasa a su lado. Pero cuando el sol pasa y se aleja sin verla, aparece de nuevo y se agranda hasta mostrar toda la cara y se burla del sol cuando éste se halla a mayor distancia. Una vez que el sol se dá cuenta de haber sido burlado, vuelve a perseguir a la luna, la cual vuelve a esconderse, etc.» (1)

Hay muy pocas relaciones de cómo el Sol que se pone en el occidente, se vuelve a levantarse en el oriente. Uno de los pocos mitos que conocemos en este respecto es el que nos dá Garcilaso. Dice: Cuando el Sol se ponía, viéndole trasponer por el mar, decían que entraba en ella y que con su fuego y calor secaba la gran parte de las aguas de la mar, y que como un gran nadador daba una sambullida por debajo de la tierra, para salir otro día

(1) Los Indios del Archipiélago Fueguino. ob. cit. p. 69.

al Oriente, dando a entender que la tierra está sobre el agua». (1)

Otros pueblos como los araucanos creen que tiene un camino subterráneo por donde pasa.

En algunas partes, los pueblos, tanto andinos como de las selvas, tenían un culto de la luna sin que ésta se relacionara de una manera importante con el sol. A veces la luna era varón y en otras del sexo contrario y en el primer caso generalmente figura como ser temible y dañino y en el segundo, benéfico, protector y en especial tutelar de las mujeres, de la agricultura y de los animales domésticos, en otras palabras es la diosa de la fecundidad. Otra cosa de notarse es, que cuando se representa como hombre, la idea se encuentra entre pueblos cazadores o que han adquirido los rudimentos de la agricultura tardíamente; casi todos los pueblos sedentarios y agrícolas la miran de sexo femenino y protectora de las siembras.

Calancha dice que el dios principal de los chimus era la luna que se llamaba *Si*. El monumento más grande de este antiguo reino era el *Si An* o templo de la luna. No sabemos si entre ellos era varón o hembra, pero es de suponer lo primero, porque le hacían sacrificios de doncellas y niños, sacrificios que casi nunca hacen a las diosas. No adoraban al sol, considerando que la luna era más potente, por cuanto que el sol aparecía solamente de día cuando menos lo necesitaban, mientras la luna salía para alumbrar la oscuridad de la noche y también a veces se dejaba ver de día, descansaba

(1) Comentarios Reales. Lib. II. Cap. XXIII.

algunos días de cada mes lo que no podía hacer el sol, y durante los eclipses pasaba por encima del sol ocultando parcialmente su brillo. La luna gobernaba los elementos y especialmente las tempestades. El mar *Ni* estaba sujeto a su dominio y obedecía sus órdenes. Una vez que los Incas llegaron a la costa y conocieron al mar, aceptaron esta creencia y vemos que la luna después figura como reina del cielo» llamándose Coya que es reina. (1)

En el culto primitivo de las selvas, la luna estaba casi siempre en lucha con el tigre u otro felino, creencia de la cual quedan vestigios en la mitología de casi todo el continente meridional y que parece extenderse hasta Centro América y Méjico. Por otra parte el puma se miraba generalmente como símbolo del sol, sobre todo en la región serrana, donde este astro reemplazaba la luna, adorada en los llanos de la costa y en las selvas.

Las diferentes fases de la luna eran también materia de una infinidad de mitos diferentes, que variaban de una localidad a otra, según el sexo del astro y las relaciones que tenía con el sol y demás astros. A veces, la luna nueva era una doncella perseguida por el sol quien la alcanzaba y la violaba. Sigue el período de su preñez, el nacimiento de su hijo, Venus, su pena al verle alejarse de su lado para ir con su padre el sol y su muerte en la época de su conjunción. Otras veces, es mujer del Sol, pero enamorada de Venus, se preña de él

(1) Relación Anónima. p. 138

y el Sol, celoso, enojado, persigue a ambos, perdonando finalmente a su paje Venus, pero implacable con la luna, a quien siempre trata de alcanzar, sin lograrlo.

Pero, entre muchos pueblos, las relaciones entre los dos astros son siempre amistosas y tienen sus juntas periódicas durante las noches en que la luna no está visible.

Otros mitos cuentan que la luna pasa bien por algún tiempo, engordando diariamente, hasta que aparece un tigre que la corre, y que entonces principia a adelgazarse, hasta que por fin el tigre la alcanza y la come. Algunos de estos mitos relatan que los hombres para impedir que el tigre la haga daño, le pusieron sogas o cadena. Muchas tribus atribuyen los eclipses de la luna al tigre que la caza y la comienza a comer.

Según Lehmann Nitsche, los Matacos creían que el sol y la luna eran hermanos. El sol era el mayor de los dos. La luna estaba casado con Venus vespertina y las estrellas eran sus hijos. (1)

Los Tobas creían, (según Carabassa, citado por Lehmann Nitsche), que «El dios Sol casó con la diosa Luna. Las dos supremas divinidades a los dos primeros hijos, hombre y mujer, los bajaron del cielo y los colocaron en el «jardín tierra» para que la habitaran y la poblaran con seres que adorasen a los dos dioses.

La luna es más pálida que su marido porque ha

(1) Mitología Sudamericana. Parte V. La Astronomía de los Matacos, por Roberto Lehmann Nitsche. Rev. del Museo de La Plata. Tomo XXVII. Buenos Aires 1923.

tenido unos malos partos y el cirujano Marte tuvo que operarla muy mucho y varias veces». (1)

Entre los incas creían que la luna menguaba porque estaba enferma y que moría al tiempo de la conjunción; pero que al tercer día resucitaba, no queriendo Viracocha que la noche quedara sin lumbré.

Casi todos los pueblos demuestran un gran temor a los eclipses de la luna y del sol; muy variadas son las leyendas que se han formado al rededor de este misterioso y fatídico acontecimiento y muchas son las medidas que tomaban para ayudar a los astros a salir de este terrible trance. Generalmente creían que era causado por una tentativa por parte de alguna potencia malévola, conocida o desconocida, de matar los astros, tentativa que, a veces, cuando el eclipse era total, lograba éxito, y en otras ocasiones el sol o la luna se libraba debido en gran parte a la ayuda proporcionada por las gentes de la tierra; quienes por sus gritos y amenazas y operaciones mágicas, conseguían evitar la catástrofe y hacer salir victorioso el astro.

Son muchas las noticias que hay sobre esta superstición. Citaremos algunas solamente. Garcilaso, quien es más noticioso, dice: «Al eclipse de la luna, viéndola ennegreciéndose, decían que si acababa de escurecerse había de morir y caerse del cielo y cogerlos todos debajo y matarlos y que se había de acabar el mundo; por este medio en empezando a eclipsarse la luna tocaban trompetas, cornetas, ca-

(1) Mitología Sudmariquina. Parte VI. La Astronomía de los Tobas. Misma revista y N.º 1923.

racoles, atabales y tambores y cuántos instrumentos pudieron haber que hiciesen ruido; ataban los perros grandes y chicos, dábanlos muchos palos para que ahullasen y llamasen a la luna; que por cierta fábula que ellos contaban, decían que la luna era aficionada a los perros, por cierto servicios que le habían hecho y que oyéndolos llorar, habría lástima dellos y recordaría del sueño que la enfermedad le causaban... Mandaban a los muchachos y niños que llorasen y diesen grandes voces y gritos llamándola Mama Quilla que es madre luna, rogándole que no se muriese para que no pereciesen todos. Los hombres y las mujeres hacían lo mismo. Había un ruido y una confusión tan grande que no se puede encarecer.

Conforme al eclipse grande o pequeña, juzgaban que había sido la enfermedad de la luna. Pero si llegaba a ser total ya no había que juzgar sino que estaba muerta y por momentos temían que al caer la luna y el perecer dellos. Entonces era más de veras el llorar y plañir como gente que veía al ojo la muerte de todos y el acabarse el mundo.

Cuando veían que la luna iba poco a poco volviendo a cobrar su luz, decían que convalecía de la enfermedad porque el Pachacamac, que era el sustentador del universo le había dado salud y mandándole que no muriese porque no pereciese el mundo; y cuando acababa de estar clara, le daban la norabuena a su salud y muchas gracias que no se había caído». (1)

Arriaga escribe: «Lo que usavan antiguamente

(1) Comentarios Reales. Lib. II. Cap. XXIII.

con las Eclipses de la luna que llaman *Quillamhueñun* la luna se muere, o *Quilla Tutayan*, la luna se escurece vsan también aora, azotando los perros, tocando tambores y dando gritos por todo el pueblo, para que resucite la luna...». (1)

Algunos autores dicen que también azotaban a los niños para hacerlos llorar y gritar.

Algunas tribus atribuían la enfermedad de la luna a la malevolencia de algún espíritu dañino y creían que con sus gritos y el ruido que metían y los exorcismos que hacían podrían ahuyentarlo antes que acababa de matarla.

La «Relación» de los padres agustinos dice que «En todas partes las conjunciones de la luna, que ellos llaman *quilla*, *ayunan*, no duerman con sus mujeres, ni comen sal ni ají, carne sí, y todas las demás cosas cuanto pueden, desto no hacen abstinencia.

«Es cosa de espanto el ruido y vocerío y llantos que hacen cuando la Luna o el Sol se eclipsa: dicen a la luna *Mama Quilla* para qué te mueres, vuelve a vivir: y sale toda la gente a estas voces: aquí no hacen sacrificios sino que es superstición, porque piensan que con las voces hacen vivir a la luna». (p. 40).

Muñiz dice que los yungas actuales, «cuando se realiza un eclipse se reúnen todos los habitantes de una aldea y queman leña, acto que llaman *yanapacsa* ayudar al Sol o a la Luna para que reviva su luz». (2)

(1) Extirpación. Cap. VI. pág. 38.

(2) Del Folk Lore Indígena. Ob. cit. p. 18.

Otra vez nos llama la atención a que esta costumbre de pegar a los perros y a los niños durante los eclipses de luna, se practicaba por toda la región andina hasta Panamá, en Centro América y también en Méjico.

Joyce hablando de los mayas de Yutacán dice: «Durante los eclipses, se pellizcaban los perros para hacerlos gritar y se hacían un ruido golpeando las puertas o muebles de sus chozas. Un eclipse de la luna indicaba que éste luminario estaba muriéndose o que las hormigas lo comían». (1)

Tozzer dice que los mayas y lacandones actuales creen que cuando el Sol o la luna se eclipsa es porque son atacados y mordidos de un espíritu maligno (*qaqasbal*). Se hace un gran ruido para espantar a este último y se pegan a los niños y los perros para que griten y aullen; a fin de obligar al malévoló a soltar su presa. (2)

En las Sierras de Bolivia, Perú y Ecuador, los indios todavía practican el mismo rito, en ocasión de un eclipse del sol o de la luna.

De los mitos y supersticiones de los indios del antiguo Perú, respecto de los demás planetas o estrellas, muy poco o nada se sabe. La relación anónima trae unos breves datos que dicen: «A la Aurora (*Venus matutina*) que era la diosa de las doncellas y de las princesas y autora de las flores del campo y señora de la madrugada y de los crepúsculos y celajes; y que ella echaba el rocío a la

(1) South American Archaeology. Ob. cit.

(2) A comparative study of the Mayas and Lacandones Ob. cit.

tierra cuando sacudía los cabellos y así la llamaban *Chasca*».

A Júpiter llamaban *Pirua*; a este dios encomendaban sus trajes, sus tesoros, sus almacenes, y le daban las primicias de sus tierras y cosechas.

A Marte llamaban *Aucayoc* y le encargaban todas las cosas de la guerra y de los soldados.

A Mercurio decían *Catu Illa*. Era el dios de los mercaderes y caminantes y mensajeros.

A Saturno le llamaban *Huacha* y le culpaban de las pestes y mortandades y los rayos y truenos y decían que éste estaba con una porra y con sus arcos y flechas para herir y castigar a los hombres por sus maldades». (1)

No sabemos a qué parte del Perú hace referencia y es de creer que son datos recogidos en distintos puntos; porque algunos de los nombres que dá son quechuas y otros no lo son. Los incas suponían que Venus (*Chasca*) era varón y paje del Sol, y enamorado de la Luna. *Aucayoc* es voz quechua, pero no lo hemos encontrado en otra parte. *Catu Illa* era dios del trueno entre algunas tribus y parece que lo que dice el autor de este dios ha sido tomado de la mitología clásica. *Huacha* es un nombre nuevo; cuyo origen no conocemos, aunque existe la voz en quechua, con el significado de huérfano, pero es evidente que es otro dios del trueno, probablemente de alguna parte de la costa, como parece indicar sus armas de la porra y arco y flechas. En la Sierras estas últimas se reemplaza por la honda o las bolas.

(1) Relación de las Costumbres Antiguas, etc. Ob. cit. p. 138.

Acosta, Ondegardo, Calancha y Cobo, dan algunos datos de las creencias de los indios respecto de algunas de las estrellas o constelaciones, repitiendo uno y otros las mismas noticias.

Cobo dice: «Todos los pastores respetaban y hacían sacrificios a la llamada de los astrólogos Lira, que ellos nombran *Urcu chillay* la cual decían eran un carnero de muchos colores que entendía en la conservación del ganado, y a otros dos pequeños que tiene debajo a manera de T, decían ser los pies y la cabeza; y estos también hacían veneración a otra que anda cerca desta y la llaman *catuchillay* que también es algo grande, y a otra más pequeña que anda junta a ella, las cuales finjían que era una llama con su cordero, que procedían de *urcuchillay*». (1)

Acosta dice: *Catuchillay*, *Urcuchillay*, que fingen ser una oveja con un cordero... A cargo de otra estrella que llamaban *Chuquichinchay*, que es tigre, están los tigres osos, leones, etc... Otros adoraban una estrella que llaman *Manchacuay* a cuyo cargo están las serpientes y culebras para que no les hagan daño». (2)

Cobo también nos habla de *Chuquichinchay*; dice: «Los que vivían en las montañas y tierras yuncas hacían veneración y sacrificaban a otra estrella que llamaban *Chuquichinchay* que dicen ser un tigre y estar a cargo de los tigres, osos y leones; pedíanle en el sacrificio que no les hiciesen mal estas fieras. Encomendábanse también a ella los que ha-

(1) Hist. del Nuevo Mundo. T. III. Lib. XIII. Cap. VI.

(2) Hist. Nat. y Mor. de las Indias. Lib. V. Cap. IV.

bían de pasar por tierra fragosa y de boscaje, por la misma razón que los que vivían en ella. Respetaban otra estrella que llamaban *Ancochinchay* la cual decían que miraba por la conservación de otros animales. (1)

Calancha dice lo mismo que Cobo respecto de estas estrellas, y agrega, «i generalmente todos los animales i aves que ay en la tierra, creyeron que fuviese un su semejante en el cielo a cuyo cargo estava su procreación y aumento». (2)

(1) Cobo. loc. cit.

(2) Chronica Moral. Lib. II. Cap. XI.